

var á todo el mundo, ó acrecentándoles el caudal de gracia, ó disminuyéndoles las tentaciones y atando más corto á nuestros enemigos. Luego el arte del orador ha de consistir en **acrecentar** las fuerzas de la gracia en la aprensión de los oyentes, y en **disminuir** el trabajo que cuesta el cooperar con ella, haciéndoselo llevadero y sabroso. Estúdiase en los párrafos VI, VII y VIII la destreza y valentía con que sale por la causa de Dios contra la malicia ó flojedad del hombre, que dice:

a) Dios me da menos gracia que á otros. Luego no es maravilla que me condene. Y pruébalo á su manera:

b) Hago obras menos virtuosas que otros. Luego tengo menos gracia y no tantos auxilios sobrenaturales como ellos. B insta diciendo:

c) Dame la gracia, que sabe Dios he de rechazar. Luego la gracia que me dan es **defectuosa**. — Razones insensatas que reduce á polvo la elocuencia de nuestro orador.

Y ¿cómo **disminuye** el trabajo del coadyuvar con Dios en esta obra? Lo primero considera este trabajo **en sí mismo**, y retorciendo el argumento contra los oyentes los confunde, mostrando que los mismos y aun mayores trabajos padecen por el mundo y por el demonio. Tras esto, pondera la **causa final** de estos padecimientos; y del contraste que resulta del padecer por Dios ó por la criatura saca un afecto veheméntísimo de **vergüenza** que rinde á los pecadores á confesar su frenesí y á reformar sus vidas, que era el blanco de toda la oración.

Lo que más admiro en ella es la viveza y variedad de **colorido**, tanto en los afectos que conmueven como en el estilo y lumbres oratorias. ¡Qué toques tan delicados! ¡Qué sombras tan bien distribuidas! Así lo desea Cicerón: *Sed habet lamen illa in dicendo admiratio ac summa laus umbram aliquam et recessum, quo magis id, quod erit illuminatum, extare atque eminere videatur*¹. Por el contrario, Anneo Séneca es reprendido porque apenas deja lugar para las sombras, tan necesarias en el estilo como en la pintura. Con la continuación de las sentencias ahoga las luces y estraga la locución, vicio que el mismo Séneca había notado en el declamador Oscio, que, llevado del ansia de decirlo todo muy pulida y figuradamente, al fin deja el conjunto desfigurado y feo. *Oscius non incommode dixit, sed sibi nocuit, quum nihil sine schemate dicere cupit, ita oratio ejus non figurata est, sed prava.*

¹ De Orat., lib. III, cap. 26.



DISCURSO TREINTA Y DOS

PODER DE LA GRACIA

Dixit autem ad illum: Remittuntur tibi peccata... vade in pace.

Dijole el Salvador: Tus pecados te son perdonados... vete en paz.

(Luc., vu, 48-50.)

EXORDIO

Ex-abstracto y a descriptis causis.

DICHOSA mil veces la penitente Magdalena, que halló haber ofendido á un Señor tan amoroso, que con un acto de humildad se aplaca, y á unas pocas lágrimas se rinde! ¡Imagináis, oyentes amadísimos, que si el ofendido fuera, no Cristo, sino el Fariseo, en cuya casa sucedió la escena de este día, la hubiera éste recibido como la recibió nuestro adorable Redentor? Bien podía la infeliz venir provista de perfumes y cargados de lágrimas los ojos; que si el Fariseo la viera comparecer en la sala, y á lo mejor del convite derribarse en tierra para asirse á sus pies, sin haber antes ni enviado recado ni pedido audiencia, sin duda se enojara pesadamente, y encolerizado contra ella y levantándose con orgullo de la mesa, por que no le tocase:—¿Qué haces aquí?, comenzara á gritar; ¿qué haces aquí, mujer malvada? ¿qué desvergüenza es ésta? ¿qué atrevimiento? ¿qué osadía y presunción? No es mi casa ningún burdel ó lupanar, donde se dé franca entrada á las personas de mal vivir. ¡Tú en mi casa! ¡tú en este salón! ¡tú en medio de estos ilustres convidados! ¡Lejos de aquí!, no quiero que apestes este ambiente con el vaho de tus impurezas. Algo más se necesita para disiparlo que esos perfumes y fragan-

En parte. Ex-cita la aduersione, por la persona del Fariseo.

Si durera con la peccadora,

por conjetura y

prosopopeya;

afectos de mara-villa.

desprecio

cias que traes. Guarda para otros esas fingidas lágrimas con que sueles engañar á tus necios amadores. ¿A mí con esas lisonjas? ¿A mí con esos sollozos y contrahechos suspiros? Ea, que nunca más te vea poner el pie en los umbrales de mi casa; ¡cuánto menos sufriré, no digo que me toques, pero que me hables palabra en los días de tu vida!— Tal hubiera sido probablemente el recibimiento del Fariseo si fuera á él para aplacarle. — Si se acercara á los pies del Fariseo, así lo notó agudamente San Agustín, sin duda le dijera: Apártate de mí: *Si ad illius pharisaei pedes accessisset, dicturus erat: Recede a me*¹.

Confirmación por autoridad

Y á consecuencia.

3.ª parte. Conciliase la docilidad

por la persona del Salvador.

recibimiento de misericordia.

3.ª parte. Gran fuerza la benevolencia

por la persona de los oyentes

aversión y conversión:

Y, en hecho de verdad, nos dice el sagrado Evangelio que, sin preceder causa de enojo contra ella, sólo con ver la cortesía con que la recibió el Salvador, se escandalizó grandemente y no acertaba á excusarle de malicia, sino culpándole de ignorancia: Si éste fuera profeta, supiera quién y cuál sea esta mujer que le toca: *Hic si esset propheta, sciret utique quae et qualis est mulier quae tangit eum*; lo contrario de lo cual hizo Jesucristo, cuya natural benignidad no se atajó con tales murmuraciones; antes ¡con cuánto amor la recibió! ¡con cuánta energía la defendió! ¡con cuánta facilidad la perdonó, sin imponerle siquiera una leve penitencia! Y, no contento con esto, la admitió en seguida á tal grado de amistad, de familiaridad, de intimidad, que, después de su bendita Madre la gloriosísima Virgen María, no hubo en la tierra mujer más amada de Cristo que María la pecadora.

Esta inaudita misericordia del Salvador del mundo me fuerza hoy á dejar aparte toda severidad y á convertir este argumento, que á otros daría materia de graves reprehensiones, en discurso de confianza y esfuerzo. Ni una palabra, pues, para los miserables que, empedernidos en el mal, se han empeñado, á pesar de la gracia y misericordia divina, en precipitarse voluntariamente á los infiernos. No quiero cansarme en vano con esos infelices; mi intento es alentar y dar ánimo á los demás que me dicen que de verdad se entregarían totalmente á Dios, que lo desean, que lo ansían

¹ Hom. 23 et 50.

de todo corazón; pero, por reconocerse tan malos pecadores, no confían poder llegar á hacerse santos. ¡Ah! No, no desmayen los pobrecitos tan presto, no se abatan y desalienten, antes sigan con atención, que yo les demostraré, con el favor divino, que **les es no menos fácil llegar á muy alta santidad, que á otros más justos y bien inclinados.**

establecimiento de la causa,

proposición de confianza.

PRIMERA PARTE

II

Arg. 1.º De la causa eficiente.

Transición y proposición particular á hipótesis.

par con duplicación.

anttesis

y gradación.

Pruebase: las fuerzas de la gracia son omnipotentes:

largo podéis hacerlos santos.

Y por que no imaginéis que voy á discurrir de cosas altas, de especulaciones vanas é ideales, escuchadme bien, porque pretendo demostraros que vosotros, sí, vosotros mismos, que estáis aquí presentes, y por ventura enlazados, quién en locos amores, quién en rencorosos odios; vosotros, digo, manchados aún tal vez con sangre ajena; vosotros, hechidos acaso de fausto y vanidad; vosotros, tiranzados de la avaricia, ó combatidos de la ambición, ó encenagados en torpezas; vosotros mismos, repito, con tal que de corazón queráis, podéis, no sólo alcanzar luego el perdón de tantas culpas, pero llegar en la tierra á tal grado de santidad y en el cielo á tal eminencia de gloria, que no habrá por qué tengáis envidia á los que fueron inocentes ó menos pecadores. Mas no os equivoquéis. No quiero decir que podáis arribar á tanta cumbre de perfección por las simples fuerzas de vuestra naturaleza y libre albedrío. ¡Desventurados de vosotros si sobre ellas hubiesen de estribar vuestras esperanzas! Perdidos estaríais para siempre, porque no sólo no podríais alcanzar la alteza de perfección que digo, pero ni salir del profundo cieno en que vivís sumidos. Pero, ánimo, pecadores míos amadísimos; ánimo y grandes alientos, porque no seréis solos vosotros en la ejecución de obra tan excelsa, sino vosotros con Dios y Dios con vosotros. Y ¿qué no podéis prometeros, robustecidos y esforzados por el brazo de aquel Señor que todo lo puede? *Quod per naturam est impossibile, per gratiam Dei non solum possibile, sed et facile*

Antec. por au-
toridad. *fit* ¹. Lo que es imposible por la naturaleza, con la gracia de Dios no sólo es posible, pero muy fácil y haecero; así lo testifica el mismo San Bernardo, como bien experimentado.

y por ejemplo:
María Egipcíaca. Porqué preguntó yo: Si alguien, con espíritu profético,

Visión oratoria.

1.^a parte. La profecía:

por enumeración patética de futuros horrores;

hipotiposis e incremento.

distribución

y contraste.

2.^a parte. Vox de la naturaleza débil.

por exclamación: uer de impotencia.

se presentara ante María Egipcíaca, cuando más ataviada y hermosa iba por la ciudad de Alejandría, hecha el ídolo de la loca juventud, y de repente le dijera: Mujer, escúchame. Vendrá tiempo en que tú, no sólo darás de mano y arrojárs de ti esos atavíos y vida regalada, pero escondida en los horrores de una selva harás la vida que te voy á decir. Por cuarenta y siete años no verás rostro de hombre viviente; mas, cercada de tigres y leones, no echarás de menos la compañía de los mozos que ahora te idolatran. Tres solos panes llevarás contigo al desierto, y éstos, duros y mohosos, serán tu sustento durante diez y seis años. Acabados éstos, te mantendrás, como las bestias, de las hierbas del campo y con el agua de charcos y lagunas, hasta que llegues á pasarlo sin ningún linaje de mantenimiento. Además, sin un cobertizo donde guarecerte ni un mal traje con que cubrirte, temlarás en el invierno con los rigores de la helada noche, y te abrasarás en el estío con los rayos del sol canicular. ¡Ay esos tus ojos! ¡Serás con ellos tan cruel, que para otorgarles una hora de sueño los obligarás á llorar de día y de noche, á la mañana y á la tarde, tus presentes devaneos! Y aun ese sueño, ¿cuál será? Cual puede tomarse sobre peñas ásperas, ó sobre zarzas espinosas. Tu contento será entonces golpearte el pecho con el puño ó con duras piedras, y lastimarte las espaldas con varas de espinas y con abrojos. Esto te pronostico yo; y créeme, tú lo harás.— Decidme, os ruego, oyentes míos, si uno fuera entonces á María Egipcíaca con estas razones, ¿qué crédito os figuráis que le daría una mujer tan liviana y disoluta? ¿No se riera de quien tales desatinos le quisiera persuadir como probables?—¡Cómo! ¿Yo meterme en un desierto, que, si no tengo delante á mis amartelados, me muerdo de pesadumbre? ¿Atormentarme yo y mortificarme tanto, que me des-

¹ Bern. serm. 2 de Pentec.

mayo á una picadura de afiler? ¿Pasar yo sin comer? ¿Yo sin beber, sin dormir, sin regalarme? ¿Yo sin hablar, sin reír, sin holgarme por espacio de tantos años? Imposible, no puede ser; no es mi fortaleza la fortaleza de las piedras, ni mis carnes son de bronce: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est* ¹. Primero morir que abrazar tal género de vida.—Pero ello es cierto, oyentes míos, que la abrazó, y con la gracia y merced divina no solamente no le pareció imposible ó trabajosa, mas fácil y aun deleitable, como ella misma lo confesó al abad Zósimo, á quien descubriendo, vecina á la muerte, su corazon, pudo con el santo Job trocar su primer lenguaje, y exclamar: *Haec mihi sit consolatio, ut, affligens me dolore, non parcat* ². Esta sea mi consolación: que Dios me quebrante con trabajos y no me perdone en este mundo.

¿Qué diréis ahora, hermanos míos? ¿que no sois para ta-
maña empresa ni santidad tan levantada? Engañados vais, no sabéis lo que os decís. ¿Por qué razón? Porque en el actual estado de pecadores no podéis formaros cabal juicio de lo que seréis después, en la robusta condición de perfectos. Pero ¿qué maravilla? Tampoco un enfermo estima por ha-
cederas muchas cosas que los sanos hacen, como es correr, saltar, montar, jugar á la esgrima, andar á caballo; y con todo, luego de convalecido, veis cómo lo ejercita admirablemente: *Non potes me sequi modo*; no puedes seguirme ahora, dijo el Salvador á Pedro, flaco aún é imperfecto; no puedes seguirme ahora; mas ¿qué añade? *Sequeris autem postea* ³, pero después me seguirás; que fué decirle, como concluye vivamente San Agustín: estarás sano y robusto, y podrás seguirme: *Eris sanus, et sequeris me* ⁴. Otras fuerzas tendréis entonces, otro espíritu, otros alientos, cuando inundé vuestro pecho el torrente de las divinas consolaciones; cuando aprendáis, no confusamente como ahora, sino con lumbré clarísima, la vanidad de los bienes terrenales y la excelencia y duración de los eternos; cuando el demonio no ose combatiros; cuando los ángeles os asistan para escuda-

¹ Job, vi, 19.—² Job, vi, 10.

³ Joan., xiii, 36.—⁴ Serm. 149 de temp.

Trasición.

ros; cuando el cielo todo, como á porfía, se ocupe en favoreceros; cuando, en una palabra, el servir á Dios se os convierta con la costumbre casi en otra naturaleza.

Arg. 2.^o
A comparatione.

III

Lo natural y de costumbre, es fácil y gustoso:

por inducción de los animales,

por autoridad.

Pero las fuerzas de la gracia sobrepujan á las de la naturaleza.

por comparación ó contraste del ejercicio corporal

y del virtuoso.

¿Quién de vosotros no se maravilla de ver correr una corza con tanta ligereza que no deja estampa en el suelo, ó volar un neblí con la velocidad de una saeta? A primera vista, cualquiera diría que los pobres animales estarán al fin de su carrera corriendo sudor y quebrantados del camino, como si hubiesen pasado gran fatiga. Y, sin embargo, ninguna pasaron, porque es naturalísimo á la corza correr y al neblí volar. ¿Quién de vosotros no se ahogaría viviendo dentro del agua? Y, no obstante, viven en ella los peces, y en ella se recrean y regalan. En una palabra, nadie padece, antes goza y se deleita, como enseña el Filósofo, con las operaciones que son conformes á su propia naturaleza: *Quodcumque secundum naturam est, jucundum est*¹. Luego si llegareis á tal estado que las lágrimas, la penitencia, la oración, se os convirtiesen como en naturales, ¿no es verdad que os serían, no ya posibles, pero suaves y gustosas? Ciertamente, me diréis. Pues entended que son incomparablemente mayores los socorros y fuerzas que os infundirá la gracia.

Porque, si paráis mientes, notaréis que las fuerzas que provienen de la sola naturaleza son tan cortas y limitadas, que á la larga se embotan y con el uso se cansan y fallecen, como se cansa el neblí de mucho volar, y el caballo con el demasiado correr. Pero la gracia no es así; ésta no sólo no se enflaquece ni debilita con el ejercicio, conforme á lo que dice Isaías de los justos: *Correrán, et non laborabunt; ambulabunt, et non deficient*²; sino que va cobrando de continuo nuevas fuerzas y vigorizándose siempre más y más, por tal manera, que halla el hombre mayor facilidad y expedición

¹ Arist., Rhet. L. I, c. 11.

en la vía del divino servicio, cuanto más corre por ella y se adelanta. Y aun mirad una cosa maravillosa que afirma San Ambrosio: dice este Santo que llegan algunos justos á tal estado, que les es más dificultoso el vicio que no la práctica de la virtud: *Ita facilis redditur in progressu virtus, ut difficilium sit male agere quam bene*¹: esles más difícil arrancarse de la oración que perseverar en ella muchas horas; sienten mayor dificultad en dejar sus penitencias que en usarlas con gran rigor. Y en confirmación de ello traen algunos y agudamente observan lo que sucedió en la persona del gran patriarca Abraham. Porque, para que corriese á inmolar á su hijo, bastóle una insinuación de parte de Dios: *Dixit: Abraham, Abraham*; mas, para detenerle, fué menester que el Señor clamase, y clamase en alta voz: *Abraham, Abraham*, no pases adelante: *Clamavit: Abraham, Abraham*². ¡Tan cierto es que más cuesta poner freno é ir á la mano á los fervorosos, que no darles de la espuela! ¿Por qué, pues, dudar si podréis ó no conseguir una encumbrada perfección, pues no os han de llevar á ella las fuerzas de la naturaleza estragada y débil, sino las de la gracia robusta é infatigable?

Tenéis que subir, es cierto, con el profeta Elías, hasta la cima más empinada del monte Horeb; mas en virtud de aquel manjar substancioso que os infundirá desusados bríos en lo íntimo de vuestras venas. Tenéis que vadear, así es, con el profeta Eliseo, la rápida corriente del Jordán; mas en virtud de aquel nombre tan adorable que os abrirá sendas enjutas en medio de las aguas. Tenéis, ¿qué más puede decirse?, tenéis que subir por una escalera tan alta y tan pendiente, como la que vió Jacob. Decis mucha verdad; pero no hay por qué espantarse, porque Dios mismo afirmará la escala y os dará su mano por que no caigáis: *Dominum innixum scalae*³. Vi al Señor estribando en la escalera, como ayudándome á subir. ¿Creéis vosotros que ningún santo se aventajó ni dió paso en el camino de la perfección por su propia virtud? No, responde el profeta rey; el brazo de ellos no los salvó ni les dió la victoria: *Brachium eorum*

Confirmación por testimonio

ilustrado con ejemplo bíblico.

Conclusión del argumento.

Amplificación vigorosa y elegante

por ejemplo de Elías,

de Eliseo,

de Jacob.

¹ In apól. David.—² Gen., xxii, 11.—³ Gen., xxviii, 13.

Peroración de
confianza

*non salvavit eos*¹. ¡Ah, que todos eran flacos como nosotros, formados del mismo barro que nosotros, amasados de la misma carne que nosotros! Sólo la gracia los hizo fuertes: *Dextera Domini fecit virtutem*². La diestra del Señor dióles fortaleza inexpugnable. Y así, cobrad aliento, amadísimos pecadores; esforzaos; que si de veras resolvéis ser santos desde hoy, desde hoy sois santos. Si, en Dios todo lo podemos, en Dios seremos fuertes y él desbaratará y aniquillará todos nuestros enemigos: *In eo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet inimicos nostros*³. Con su fortaleza obraremos fuertemente, y él quebrantará y derribará por tierra á los que nos persiguen y atribulan: *In Deo faciemus virtutem et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos*⁴.

y de for. aleza, por
parafra. si.

1. 1.º
Pefitacion.

IV

Pero ¿qué sé yo, por ventura me diréis, si quiere Dios otorgarme tan gran merced y una gracia tan robusta?— ¡Qué sé yo! ¡Ojalá nunca se os escapara de la boca esa imprudente é injuriosísima palabra! Estoy por decir que más os ofendéis á nuestro Señor con ese acto de desconfianza que acabáis de hacer, que no con todos los yerros y demasías de vuestra vida pasada. Y ¿cómo, ó por dónde, dais ahora en imaginar que no está pronto á recibirnos en el número y compañía de sus siervos más privados, más íntimos y confidentes, sólo que os dignéis de ser admitidos? ¿No ha denominado por ventura toda su sangre tan copiosa y abundantemente por vosotros como por cualquiera de sus grandes amigos? ¿No le costáis tanto como le costó una Pelagia, una Tais, un Guillermo, un Agustino? No padeció, ciertamente, más por ellos que por cualquiera de vosotros. De vosotros se acordó, muy en particular, cuando sudaba sangre en el huerto; de vosotros, cuando agonizaba entre congojas en el lecho de la cruz; de vosotros, cuando exhaló el último suspiro; y cuando sollozó fuertemente, y cuando

por enumeración

y énfasis crecien
te.

¹ Ps. XLIII, 4.—² Ps. CXVII, 13.

³ Ps. CVII, 14.—⁴ Ps. LIX, 14.

alzó la voz con gran clamor y lágrimas, ofreciendo su oración al Padre eterno, también se acordaba muy particularmente de vosotros. *Cum clamore valido et lacrymis preces offerens*¹. ¿Y aún dudáis si hace de vosotros la misma estima, habiendo pagado por vosotros el mismo rescate?

Conclusión.

Es verdad que habéis correspondido muy mal á los trabajos que por vosotros padeció; lo veo, lo deploro. Mas todavía ¿le habéis tratado peor que un Pedro que le negó? Y ya sabéis cuán regalado fué después del Salvador. ¿Ó por ventura peor que un Pablo que le persiguió? Y ya sabéis luego cuánto le favoreció Jesús. Que si, por desgracia, le ofendisteis más que ellos, bienaventurados de vosotros, porque no tenéis que habéroslo con hombres, sino con Dios. No derramaré el torrente de mi ira, así nos lo certifica él mismo por Oseas; no derramaré el torrente de mi ira. Y ¿qué razón da de ello? Porque soy Dios y no hombre: *Non faciam furorem irae meae, quoniam Deus ego et non homo*².

Dificultad 2.ª Pe-
dro le ofendi tan-
to...

Resp. 2) ¿ma-
jori de pecadores
más desbaratados.

Entre los hombres acaece que, si os consta haber ofendido á alguno en cosa grave, aun cuando se hayan perdonado las injurias y hecho la reconciliación, y ajustadas y publicadas las paces, no acabáis empero de fiaros enteramente. Y, á decir verdad, tenéis por qué temer. Puesto que, á la manera que el hierro, aunque limado, está pronto á tomarse otra vez de la primera herrumbre; y el tizón, aunque apagado, pero está humeando y dispuesto á inflamarse de nuevo; y el mar, aunque sosegado y quieto, guarda la inclinación á alborotarse y embravecerse, así el contrario, aunque ya reconciliado, guarda no sé qué rastro y propensión á sus viejos rencores. Vedlo en el mismo David, dechado de prudencia y mansedumbre; perdonó, es cierto, más de una vez y con gran magnanimidad á Saúl, que andaba en sus alcances para darle muerte; perdonóle en la cueva, cuando, á su seguro, podía cortarle un trozo de su manto; perdonóle en la tienda, cuando estaba en su mano coger la lanza de la cabecera; mas nunca se fió tanto de él que se entregase en su poder, por más que Saúl, ya reconocido y doloroso, se lo pidiese con lágrimas en los ojos, asegurán-

3) Por compara-
ción semejante
entre Dios y los
hombres:

indole de las re-
conciliaciones hu-
manas,

por similes,

ejemplo de David
y Saúl

¹ Hebr., v, 7.—² Os., XI, 6.

dole, bajo su real palabra, que nunca más le inquietaría en adelante. Tan verdadera es la sentencia de Agustino cuando dice que con los hombres nunca hay reconciliación perfecta: *Apud homines nunquam plena est indulgentia* ¹.

Y respecto de Dios ¿sucede así? No, muy de otra manera, continúa el Santo. Tan de corazón y cumplidamente perdona Dios, que ya no nos condena vengándose, ni nos confunde reprendiendo, ni nos ama menos echándonos en cara nuestros crímenes: *Sic enim Deus ex toto indulget, ut jam non damnat ulciscendo, non confundat improperando, non minus diligit imputando*. De él sí que podemos fiarnos por completo, como á quien nada importan los pecados que pasaron, cuando de presente los aborrecemos. Yo, cierto, por mucho que revuelva el Evangelio todo y lea cuidadosamente todas sus páginas, no puedo ver en él que Jesucristo diese en rostro á nadie, ni de lejos, con sus pasadas culpas.

Nunca recordó á la Magdalena sus torpezas, ni á Mateo sus usuras, ni á Zaqueo sus malas artes, ni á Pedro su cobardía, ni á Tomás su incredulidad; y cuando quiso echarle en rostro á la ingrata Jerusalén sus abominaciones, mirad, dice el autor del Imperfecto ², ¡con qué reserva y miramiento procede el Salvador, con qué términos lo hace! *Jerusalem, Jerusalem, quae occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt*: ¡Jerusalén, Jerusalén, la dice, que das muerte á los profetas y apedreas á los enviados del Señor!—Pero ¿no habla Jerusalén, antiguamente, apedreado y dado muerte á más profetas, que no á la sazón en que hablaba Jesucristo? Sin duda; mas todavía no dice que apedreaste y diste muerte, sino de presente, que das muerte y apedreas; porque Dios en nada estima los pasados yerros ya remitidos, sino sólo pone en cuenta los actuales, no perdonados. Imposible es que salgan vanas aquellas magníficas promesas que hizo por boca de sus profetas, cuando dijo, ya que arrojaría en el profundo del mar todos nuestros pecados, cual peñasco pesadísimo que jamás torna á subir á flor de agua: *Projiciet in profundum maris omnia peccata vestra* ³; y que

de las pasadas culpas

por inducción bíblica

por analogías de motivaciones

(Justicia y los profetas)

por analogías de promesas

¹ De dilig. Deo, c. 12.—² Hom. 43 in c. 23 Matth.

³ Mich., vii, 19.

los dispararía como nubes: *Delevi ut nubem iniquitates tuas* ¹; ya que los desharía como neblina de la mañana: *Delevi ut nebulam peccata tua* ²; ya, más terminantemente, que no tendría de ellos más memoria que si jamás los hubiéramos cometido: Yo los convertiré, dice, porque tendré compasión de ellos, y serán en adelante (¿qué más pudiera decirse?), serán en adelante como antes que los hubiera aborrecido y desechado de mí: *Convertam eos, quia miserebor eorum, et incrementum erunt sicut fuerunt quando non projeceram eos* ³.

Entre los hombres no pasa esto, de ordinario. Más ama el padre al hijo que siempre le fué sujeto y obediente, y al que fué discolo y contumaz mostrárase más severo. Más favorece el príncipe á los vasallos, que siempre le mantuvieron lealtad, que no á los que un tiempo se le alzaron, con los cuales suele andar escaso y recatado. Más quiere un capitán á los soldados fieles, y con los sediciosos guarda siempre cierto rigor y severidad. Pero Dios nuestro Señor, añadiré con el pontífice San Gregorio, Dios nuestro Señor guarda otro estilo. Si hasta ahora hemos sido desleales, indevotos, desobedientes, ni una sola tilde se disminuye por esto de su estima, de su afecto, de su divina bienquerencia con nosotros; antes si le amamos como el otro que nunca pecó, como el otro que nunca pecó seremos amados de su divina Majestad: *Sic poenitentes recipit, sicut justos*. De la misma manera, con el mismo amor, dice este santo, recibe á los pecadores arrepentidos, que á los justos. ¡Oh consue-lo! ¡oh entrañas de infinita misericordia! Dejádmelo repetir: con el mismo afecto recibe á los pecadores arrepentidos y á los justos: *Sic poenitentes recipit, sicut justos*.

similes del peñasco y de la nebulilla,

Amplificación á dissimili. 1.ª parte,

por inducción entre los hombres.

2.ª parte. Dios por antitesis,

aseveración

y autoridad.

V

De donde, para mayor confirmación de esta verdad, sue-lo hacer una observación no menos luminosa que fundada; conviene á saber, que con ningún hombre inocente y de vida inmaculada ha usado nuestro Señor de demostración

Arg. 4.º
Confirmación del anterior.

Tanto á más privilegiados de Dios han sido los pecadores

¹ Is., XLIV, 22.—² Ibid.—³ Zach., x, 6.

que los inocentes. Luego no perdidos por las pasadas culpas.

Antecedente por inducción y paralelo.

entre Josué y Mucio,

entre Elias y Jacobo,

entre Daniel y Guillermo,

entre Afra y los mozos de Babilonia,

entre Juan y Bonifacio,

entre Peñafort y Maria,

entre Irene y Genebaldo,

alguna de afecto que no la haya hecho con aquellos que, después de haberle ofendido muchos años, se entregaron por fin á su servicio. ¿No lo creéis? Estadme atentos; y, si no me engaño, lo veréis pronto, con gran consolación de vuestras almas. Gloríase el lucido ejército de los inocentes de un Josué, que pudo á su arbitrio detener al sol en su carrera, obedeciendo Dios á la voz y mandamiento del hombre: *Obediente Deo voci hominis* ¹. Pero ¿no llegó también á tal poder un Mucio, aquel que, de feroz asesino y espanto de las selvas, se convirtió en mansísimo morador de ellas? Y aun con esta diferencia: que Josué enclavó, diríamos, al sol en razón de un grande acacimientto, como fué la victoria ilustre que había de ganar de cinco reyes en el término de un solo día; mientras Mucio alcanzó lo mismo, no para otro fin que para llegar antes de la noche á la casa ó mesón adonde iba por la obediencia. Pasemos adelante. Elias, inocente, mandó á las nubes, y las nubes, obsequiosas, le obedecieron. Mas ¿no obedecieron con la misma sumisión al penitente Jacobo anacoreta, que había violentado á una mujer y dádole muerte? Daniel, inocente, rindió las fieras á sus pies. Mas ¿no las rindió asimismo el penitente Guillermo de Aquitania, que había escarnecido á la Iglesia y perseguidola con gran furor? Si los tres mozos no se quemaron en el horno de Babilonia, ¿quemóse, por ventura, entre las llamas la pecadora Afra, ramera un tiempo y después ejemplar de continencia? No, mis oyentes; murió en la hoguera, es verdad, pero abrasada de amor, no del fuego material que la cercaba. La tina de aceite hirviendo no empeció al bienaventurado San Juan, bien lo sé. Mas ¿no sabéis que tampoco la pez hirviendo pudo dañar á Bonifacio penitente? ¿Qué diré de María Egipcíaca, de quien arriba hablamos largamente? ¿No anduvo sobre las aguas sin hundirse, como el inocentísimo San Raimundo de Peñafort? ¿No vivió muchos años sin comer, como la siempre virgen Catalina de Sena? Si la otra virgen Irene fué sacada libre de la cárcel por su ángel de la guarda, ¿no rompió el ángel de la guarda las prisiones al penitente obispo Genebaldo?

¹ Jos., x, 14.

Si la inocente Santa Escolástica apareció en forma de paloma á su hermano San Benito, ¿no apareció en la misma forma á su tío Abrahán la penitente meretriz María? ¿Cuánto más es verse servido por un cocodrilo largos años, como pasó á Teodora, arrepentida de su adulterio, que no ser amamantado por una cierva como Egidio, respetado de los osos como Agapito, obedecido de los lobos como Norberto, dechados todos de purísima inocencia. Pero sería tarea interminable y cosa de nunca acabar empeñarme en demostraros que en ningún linaje de privilegios quiso Dios que cediesen los penitentes á los inocentes, que es lo que, en sentir de San Gregorio, significó en figura donde dijo que á su divino paladar era tan sabrosa la ceniza como el pan: *Cinerem tanquam panem manducabam* ¹; y, por otra parte, basta á mi propósito que veáis, por este rasguño que he trazado, cómo en el acatamiento de Dios nada valen ni pesan nada los pecados pasados, siempre que la contrición, cual fuego devorador que asuela el campo, los ha tragado como á espinos secos, arrebatoando hasta la memoria de ellos en el torbellino de sus llamas.

Pues si nada perjudican, ¿qué teméis? ¿qué receláis, amadísimos pecadores? Constaos con infalible certidumbre que el Señor está dispuesto á recibirlos los brazos abiertos, que os estrechará, que os regalará al par de sus hijos inocentes; de otra suerte, mal jurara Dios por Ezequiel que la impiedad del impío no le dañará, desde el momento que se convierta: *Impietas impii non nocet ei, in quacunque die conversus fuerit ab impietate* ²; comoquiera que si, por haber sido grandes pecadores, ya quedaseis inhábiles é imposibilitados para ser grandes santos, harlo os perjudicaría vuestra pasada maldad. Alentaos, pues; cobrad ánimo y esperanza, que aun os queda lugar muy señalado entre los mayores santos, si queréis ser contados en su número.

¹ Ps. ci, 10.—² Ezech., xxxiii, 12.

entre Escolástica y otra Maria,

entre Teodora y Egidio:

aplyase con autoridades

allegóricas.

Conclusión y amplificación de aliento.

por juramento de Egidio.

Conclusión.

Arg. 5.^o
De la causa fi-
nal.

VI

Antes bien, mirad cuán diferentemente de vosotros dis-
curro yo en este particular. Vosotros, del haber sido gran-
des pecadores, concluís que no os quiere Dios en esa di-
chosa cuenta de los santos; y yo concluyo que Dios os quie-
re en esa cuenta por haber sido grandes pecadores. Escuchadme, os ruego, con atención. Ha muchos años que vi-
vís en pecado, ¿no es así? Por mi parte no lo creo, pero
figurémonos que así sea. Pregúntoos, pues: ¿por qué razón
imagináis vosotros que ha sufrido su divina Majestad pa-
cientemente tantos ultrajes, tantas blasfemias y juramentos
en el juego, tantos perjurios en los tratos, tantas irreveren-
cias en los templos, tantos desvíos con los pobres, tan ma-
los términos con los sacerdotes y religiosos, injurias todas
gravísimas y que más que otras derechamente herían su
persona? ¿No os podía acaso arrancar la vida al primer
pecado que hicisteis cuando niños? ¡Cuántas ocasiones se
le han ofrecido cada día, ya de despeñaros por un precipi-
cio, ya de dejaros caer de una escalera, bien de anegaros
en un río, bien de mataros con una centella! Mas todavía
no lo hizo, sino antes os ha sufrido con increíble paciencia
y mansedumbre, y aun prosperado y favorecido con suma
benignidad. ¿Qué significa esto? Significa que alguna cosa
grande se promete de vosotros en retorno. No os mantiene
vivos á tanta costa para que sigáis pecando sin cesar. Ni
para esto os prodiga tantos y tan regalados frutos en los
campos con que satisfacer vuestra hambre, tantas fuentes
cristalinas con que refrigerar vuestra sed, tantas brisas en
los mares y en los montes con que templar vuestro calor.
Antes quiere con estas misericordias obligaros de manera
que, de grado ó por fuerza, os rindáis finalmente á tanta
bondad y os empleéis con tanto fervor en su servicio con
cuanta villanía y tesón os empleasteis en ofenderle. No di-
gáis, pues, que el haber hasta ahora cometido tan atroces
pecados os hace dudar si Dios nuestro Señor os tiene de-
jados de su mano; que á ser así, no estaríais ahora escuchán-
dome en este templo, sino rabiando con los demonios y des-

Traslación y pro-
posición paradó-
jica.

¿Por qué fin os
guarda el Señor
la vida? Para ha-
ceros grandes
santos.

Luego podíais
ser fácilmente.

Antecedente por
averiguación de
causas.

y enumeración de
pecados,

de ocasiones de
muerte,

de beneficios divi-
nos.

Conclusión ilus-
trada á conse-
quentibus.

pedazándoos con los condenados del infierno, ni os trajera
esta misma mañana al sermón, para ganaros y traer os ha-
cia sí.

¿Nunca oisteis que tras los pecadores más desbocados y
perdidos gusta Dios de ir principalmente? *Veni Filius ho-*
*minis querere quod perierat*¹: Vino el Hijo de la Virgen á
buscar lo más perdido y rematado. Un diestro cazador va
con su jauría adonde las fieras son más bravas. Un médico
eminente gusta de emplear su ciencia en casos desespera-
dos. Un hábil marinero luce su destreza encaminando la
nave por mares tempestuosos. Un abogado de extraordina-
rio mérito busca los pleitos más revesados donde brillen sus
talentos. Un industrioso labrador se gloria de hacer fructi-
ficar los terrenos más duros é infructuosos. Así que, mis
amados pecadores, vuestras miserias, lejos de arredrar las
divinas misericordias, las atraen, y avivan en su Majestad
el deseo de mostrar en vosotros las finezas de su amor, y de
hacer por manera que, como dice el Apóstol, donde sobre-
abundó el delito, allí sobreabunden las riquezas de su gra-
cia: *Ubi superabundavit delictum, superabundet et gratia*²; con
tal que de vuestra parte correspondáis liberalmente, abrien-
do los senos de vuestro corazón, con aquella medida y am-
plitud con que él está dispuesto á derramáros las.

¿Por qué fin vino
el Redentor?

A salvar lo más
perdido. Luego.

Antecedente por
autoridad

y comparaciones
a pari.

Conclusión apo-
yada por el Após-
tol.

VII

No se me oculta que os costará algún trabajo, mayor-
mente á los principios, arrancaros, verbigracia, de aquellas
amistades, de aquellos gustos, de aquellos juegos y entre-
tenimientos, de aquellas ganancias é intereses, de aquellos
devaneos y regocijos que, por la costumbre, tenéis como
connaturalizados en el alma. Pero alegraos, porque esto
mismo ha de mover á Dios á recibiros con mayor afecto y
á regalaros con mayor liberalidad. Aquel pobrecito pródigo
que, deseoso de libertad, se imaginó que lejos de su padre
gozaría de un siglo de oro, siempre en fiestas y banquetes,

Arg. 6.^o
De los adjuntos.
Tránsito por con-
cesión.

Dios os recibirá
muy amorosa-
mente.

Luego no temáis
por las pasadas
culpás.

¹ Luc., XIX, 10. — ² Rom., V, 20.

siempre en prosperidad y buena ventura, encontró al fin sólo las bellotas de tan afortunado siglo, y éstas con tasa y escasez. De donde, todo afligido, todo astroso y hambriento, deliberó volver, como sabéis, á la casa de su padre, y arrojarse á sus pies y pedirle humildemente perdón: *Surgam, et ibo ad Patrem meum*¹. No tomó el tan santa determinación por amor y caridad; no, hermanos míos; tomola únicamente por interés y por fuerza. El hambre, la desnudez, el asco y miseria grande en que se hallaba, son los que le retrajeron del mal camino y le llevaron á los brazos de su padre: *Fames revocat, quem sativitas exularat*², como dice el bienaventurado San Pedro Crisólogo. La necesidad restituye á quien la hartura había desterrado. Y ya sabéis, sin embargo de esto, con qué amor fué recibido. Parece que al verle su padre, debería decirle: ¡Ah ingrato!, ¿ahora vienes á mí, cuando todo el mundo te abandona? ¡Conque no merecí que me enviases un recuerdo, un saludo siquiera cuando gozabas de muchedumbre de amigos y abundancia de regalos y delicias! Justo fuera que te mandase lejos á matar tu hambre á expensas de los compañeros con quien malgastaste el patrimonio; justo fuera que te diese con la puertita en los ojos, que te lanzase de mi casa, que jamás te reconociese por mío.—Así parece que debía decirle su buen padre, á lo menos por vía de saludable amonestación. Mas no lo dijo; sino, antes imitando al mar, que recibe gustoso en su regazo á los ríos, por largo tiempo vagabundos, y los admite á la participación de sus tesoros, así el buen anciano echó sin tardanza los paternales brazos sobre el cuello del arrepentido hijo, y lo apretó á su pecho, y le besó la frente, y la regó con sus lágrimas, y dió orden á los criados que trajesen el vestido más rico y le ataviasen con él, y que aderezasen un espléndido banquete, y que dispusiesen regocijadas músicas, y, lo que maravilla aún más, hizo que le diesen el anillo: *Date annulum in manum ejus*³, que era entonces la señal de ser el hijo más amado, pues fiaba de él su mismo sello.

¹ Luc., xv, 18.—² De fil. prod., serm. 2.

³ Luc., xv, 22.

Antecedente. Trató con gran regalo á los que fueron á él por fuerza:

2.ª parte. Como al pró-digo; narración ilustrada:

1.ª parte. El hambre.

2.ª parte. Recibimiento y abrazo de un tal ingrato.

por represión y prosopopeya.

3.ª parte. Acogida amorosa, por similitud del mar y los ríos,

hipotiposis

é incremento.

Ahora, pues, dejadme filosofar en esta forma: Si con tanta benignidad recibe Dios á un hijo, que sólo vuelve á él acosado de hambre y medio muerto de frío y de laceria, ¿qué hará con vosotros que os volvéis á su regazo á la sazón precisamente que gozáis de más regalos y comodidades, de fortuna más próspera, de más amigos, de mayor abundancia de riquezas, de honores, de pasatiempos; con vosotros, digo, que á todo esto renunciáis por Dios? ¡Con qué entrañas, con qué presteza, con qué gusto os recibirá en sus brazos! ¡No os proveerá copiosamente de cuanto habéis menester para esa santidad que deseáis, hinchendo vuestra alma de gracias y bendiciones, de una contrición al menos y quebrantamiento continuo de corazón por vuestras culpas, que es aquel divino néctar tan delicado, tan dulce que os promete por boca de Isaías, donde dice que os embriagará de sus lágrimas? *Inebriabo te lacryma mea*¹ Margarita de Cortona dió de mano al mundo en seguimiento de Cristo, y ¿por qué motivo? Porque su padre la echó á palos de su casa; y Cristo, no obstante, no se desdeñó de acogerla como á hija suya muy amada. Pablo, llamado el Simple, entregóse á Jesucristo; y ¿qué cosa le movió? Una infidelidad de su mujer; y con todo, Jesucristo le abrió los brazos y recibió en su casa como siervo fidelísimo. Determináronse otros á servir á Dios, ó por temores de peligros inminentes, como hizo Arsenio, caballero romano, cuando reparó que le espiaba Arcadio para darle la muerte; como hizo San Efrén Sirio cuando se vió desterrado y en prisiones; como hizo San Gerardo de Claraval al sentirse malherido en la batalla; como San Romualdo Camaldulense cuando se vió perseguido de la justicia; y con todo, el Señor los recibió ó tomó tan por su cuenta favorecerlos con soberanas y excesivas muestras de cariño, que los hizo de los mayores santos de su Iglesia.

¿Qué no hará, pues, con vosotros que, estando en el lleno de prosperidad, de riquezas, de salud y buena dicha, os resolvéis daros todos á él, no por falta de techo donde cobijaros, porque os sobran casas y palacios; no por penuria y

Aplicación y argumentación:

Luogo mejor os recibirá á vosotros.

el néctar de las lágrimas.

3.ª) Por inducción histórica, de pecadores

constreñidos por su miseria á ir á Cristo:

y sublección y antitética.)

Argumentación oratoria.

¹ Is., xvi, 9.

escasez de pan, porque estáis abastados de riquísimas haciendas; no por miedo de infamia ó mal nombre, pues todo el mundo os honra y reverencia; no por temores de enemigos, no por recelos de muerte, no por razón de algún desastre ó contratiempo de fortuna, pues, gracias al Señor, os veo queridos, robustos y bien prosperados; mas sólo porque de vuestra libre voluntad queréis anteponer el servicio de Dios á las vanidades del mundo, y deseáis maltratar vuestro cuerpo y mortificar las concupiscencias de la carne, y procurar que se verifique en vuestra persona aquel gran milagro de humillación que profetizó Isaías al escribir que hasta los fieros leones vendría día en que abandonarían la caza, olvidarian la matanza de animales y se trocarían de suerte que viniesen á comer heno como los mansos bueyes: *Leo quasi bos comedet paleas*?¹ ¿Y aún dudaréis si Dios os desechará? ¿si cuidará de vosotros? ¿si os amará entrañablemente? ¿si os favorecerá? ¿si os regalará? Juzgado vosotros; si os parece posible en Dios este mal término y desdeñosa acogida, vengo en que desconfiéis de él; mas, si todo os anima á confiar, ¿qué temores pueden aún abrigarse en vuestro corazón? ¿qué sombras, qué sospechas ó recelos, para que no os rindáis á la verdad, confesando que, por más pecadores que seáis ahora, tenéis capacidad, si no queda por vosotros, de ser en breve grandes santos?

Arg. 7.^o
De las señales
y consiguientes.

Tránsito por oposición
paradójica.

Más favorecidos fueron los pecadores, que los inocentes.

¹ Is., 21, 7.

VIII

¡Oh, si supieseis de vuestra misma miseria sacar ánimo y esfuerzo para esperar más confiadamente en la divina bondad! Yo hallo en las sagradas Escrituras un misterio terrible, ya notado mucho tiempo ha por San Jerónimo. Éste es que, de ordinario y en general, más afortunada ha sido la suerte de los hijos segundos que no la de los mayorazgos ó primogénitos. Primogénito fué Caín, y, con todo, más favorecido fué Abel. Primogénito fué Ismael, y, no obstante, más favorecido fué Isaac. Primogénito fué Esaú, y, sin em-

bargo, más favorecido fué Jacob. Primogénito fué Rubén, y, á pesar de esto, más favorecido fué su hermano Judas. Primogénito fué Manasés, y, con todo, más favorecido vemos á Efraim. Primogénito fué Eliab, pero David fué más afortunado; y así podríamos discurrir por otros muchos. Ahora bien, ¿qué hemos de entender aquí por primogénitos? Los inocentes. Así nos lo enseñan expresamente Teofilacto, así Tertuliano, así el invicto mártir San Cipriano. Pues con su licencia, y mal que les pese, puedo hoy asegurar que no son ellos en la Iglesia de Dios más sublimados y honrados que los segundogénitos, quiero decir, los penitentes; antes, si no me engaño, han sido pospuestos. Veo en la Iglesia acatados como príncipes y cabezas, no á los dos Juanes, espíritus purísimos é inocentísimos, sino á un Pedro el perjurator, y á un Pablo, el sangriento perseguidor de Cristo. ¿Y por qué esta traza? Para que nosotros todos, miserables pecadores, no nos descorazonemos y caigamos de ánimo, considerando de qué profundo de maldad hemos salido. ¡Oh, y cuán altos podemos aún subir, con sólo que queramos de corazón! ¡Oh felicidad! ¡oh ventura! ¿Conque nosotros podemos aventajarnos en gracia y merecimientos á los mayores justos é inocentes? Sí, nosotros, nosotros mismos, aunque nos veamos ahora tan bajos y sumidos en las heces de nuestra miseria, podemos sobrepujarlos, podemos adelantarnos á ellos; podemos aún, como lo hizo con tanta gloria la generosa Magdalena, llegar á mayor alteza y santidad. ¿Qué se requiere para esto? Estadme atentos y al punto os lo diré.

Luego aun podrá ser santos.

Antec. Más privilegiados fueron los hijos segundos.

que no los primogénitos.

por enumeración del V. T. y del Nuevo:

Pero estos figuran Jos inocentes.

Luego.

Amplificación de júbilo, por conculpación y énfasis.

Transición.

PARTE SEGUNDA

IX

Quien observe con cuidado cómo acabo de dar esfuerzo y confianza grandísima á los pecadores, sin duda reparará que lo hice de manera que no convirtiesen la triaca en ponzoña, y la esperanza de levantarse de la culpa en presunción para durar en ella. Mas, si alguno hubiera tan desatinado que esto hiciese, ¡infeliz de él!, porque al punto levan-

Requisitos prácticos.

1.^o No presumir de la divina misericordia.

tara mi voz contra su locura y frenesí, y le haría bien entender que ésta es precisamente la señal más manifiesta de ser uno predestinado ó réprobo, á saber: que de la divina misericordia toman los predestinados estímulo para llorar sus culpas, y los réprobos ocasión y atrevimiento para acrecentarlas. Uno es recurrir á la divina misericordia después del pecado, y otro muy diferente pecar porque siempre queda el recurso de la misericordia divina. Lo primero es querer que se perdonen los pecados; lo segundo es presumir que Dios los patrocinará. Mas porque yo, en ninguno de mis oyentes puedo suponer tan gran locura, á vosotros me dirijo, amadísimos hermanos, que, ya cansados de pecar, queríais volver á Dios y servirle en lo futuro, tanto más fielmente cuanto más ruines fuisteis con su Majestad en lo pasado. ¿Cómo haréis, pues, para subir tan altos desde un abismo tan profundo de miseria? ¿Os figuráis tal vez que voy á deciros que es menester comenzar á subir paso ante paso, y como de escalón en escalón? ¿Dejar hoy un pasatiempo ocasionado, mañana otro, y por este camino y casi insensiblemente subir á la más heroica santidad? No; perdonadme, oyentes míos; yo os quiero encaminar por otra vía. Mientras discurráis así, ni confiáis bastante en las fuerzas de la divina gracia, ni parece que recordáis que no son vuestros pies los que os han de subir á lo alto, sino las alas del divino Espíritu.

Digoos, pues, hermanos míos, que si de veras codiciáis ser santos, es menester tomar una determinación magnánima. No es lo mismo en grandes pecadores que en otros ya adelantados en la virtud, ó cuando menos, no habituados al vicio. Estos, aun caminando poco á poco, acaece alguna vez llegar á la perfección, al fin como á gente á quien el peso y vehemencia de la mala costumbre no retraen á cada paso del camino; mas los grandes pecadores, si no corren apresuradamente por una subida tan agria y resbaladiza, pronto vuelven atrás y se despeñan. Por donde, si reflexionáis en ello, advertiréis que casi todos los que del profundo de maldad subieron á la cumbre de la perfección, salvaron esa distancia de un salto, por decirlo así, que animosamente dieron al principio de su conversión.

por preterición

y afectos de terror.

2.º No comenzar lentamente, sino romper como de golpe.

3.º Porque lo contrario sería desconfiar de la gracia.

4.º Porque así lo hicieron todos los grandes pecadores.

por inducción histórica.

Mirad á Santa Pelagia, aquella célebre pecadora de Antioquía: ¿qué hizo esta mujer? Apenas le tocó Dios el corazón, oyendo por casualidad al obispo Nonno, que predicaba, cuando resuelve hablar con él. Mas, como no lograrse audiencia particular, va á encontrarle en el concilio ó sínodo, y á presencia de tan augusta asamblea de sacerdotes se derriba á sus pies y, sin hacer caso de las habillitas del vulgo, ni de la ira y desdén de los amantes, ni de los dueños de sus rivales, pide, con lágrimas de amarguísimo arrepentimiento, perdón de sus pecados. ¿Y pensáis, porventura, que gastó mucho tiempo para despedir á sus locos amadores, y después para dejar las pláticas ociosas y vanas, y, finalmente, para retirarse á un yermo asperísimo y solitario? No bien despuntó la tercera aurora después del bienaventurado día de su conversión, hizo un fiel inventario de todas sus alhajas, muebles, tapicerías, brocados, joyas y vestidos, y los puso todos á los pies de su santo Padre y conquistador, para que á su voluntad lo repartiase entre los pobres. De aquí, vuelta á su casa, dió libertad á los esclavos y esclavas de su servidumbre, y al cabo de ocho días se vistió de pies á cabeza con un áspero cilicio, y encaminándose con este rigor y desalino á la ciudad de Jerusalén, veneró primero aquellos Santos Lugares, y luego se encerró en una celda ó vil cabaña, de donde nunca salió sino para volar al cielo.

¿Qué diré de Tais la pecadora, cuya hermosura había costado tantos sacrificios, más de hombres que de oro y pedrería? ¿Pidió acaso al abad Pafnucio, por cuyo medio el Señor la había convertido, más espacio que tres horas de tiempo antes de sepultarse en un monasterio de vírgenes y pasar allí su vida llorando sus pasados extravíos? Y aun estas tres horas ¿en qué las empleó sino en recoger en un montón cuantos dones y presentes de sus amartelados había recibido y todo el precio de sus prostituciones, y todo junto llevarlo á la plaza pública, y allí quemarlo en presencia del pueblo, como trofeos apestados de su pasada liviandad? Con este ímpetu y casi de repente se hizo santo aquel perdido, por nombre Gálgano, el cual, siendo antes mozo noble, pero de estragadas costumbres, dióse tal presa á ca-

Primer ejemplo de Pelagia.

Ilustrado por circunstancias

de lugar

y tiempo:

enumeración

y descripción.

Segundo ejemplo de Tais por inversión.

é interrogación

Tercero, por conjeturas de conversiones súbitas.

Gálgano, minar la carrera de la virtud, que no gastó en recorrerla sino el espacio de un año de vida penitentísima entre los solitarios del monte Sinaí. Con este impetu y casi de repente se hizo santa Margarita de Cortona; con este impetu y celestiales bríos emprendió la carrera Santa Ángela de Fuligno; y Guillermo de Aquitania, aquel tan desbocado pecador que se jactaba de tener la maldad por naturaleza y patrimonio, no bien cayó atónito y confuso á los pies de San Bernardo, cuando se trocó al instante, de lobo feroz, en mansísimo cordero; de perseguidor cruel, en riguroso penitente. Sin tardanza fué por los montes en busca de cavernas donde esconderse de la vista del irritado cielo; sin tardanza mudó las riquezas en mendiguez, los banquetes en hambre, los donaires en sollozos y gemidos; y sobre aquellas carnes, hechas al regalo y afeminación, cargó muy pronto cilicios y cadenas. Ea, pues, amadísimos pecadores; esto es lo que os pido: que sin tardanza toméis una magnánima resolución por un Dios tan ofendido, y que sin tardanza la ejecutéis al punto. No sabe de dilaciones enojosas la gracia del Espíritu Santo: *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia*; y, entrando en el corazón, luego hace como el rayo, que, recién engendrado de la nube, sale impaciente y busca con espantosa velocidad dónde ocasionar grandes estragos.

Requisito tercero.
No tener si perseverareis.

X

Transición por
prolepsis.

2) Arg. a fortiori,
y testimonio.

Y no os retraiga de tan noble propósito el temor de descaecer por ventura y no manteneros firmes y constantes hasta la muerte en el tenor de vida que emprendáis; porque así como el comenzar está en vuestra mano, con la ayuda y favor que os da Dios, así lo está continuar perseverantemente hasta morir. ¿Cómo queréis que Dios os abandone, después que por su amor hayáis hecho una resolución tan generosa? Si tan pecadores os recibe con los brazos abiertos, ¿queréis que, trocados y convertidos, os deseché? Al que viniere á mí, son palabras del mismo Señor, al que viniere á mí no le echaré afuera: *Eum, qui venit*

ad me, non ejectionem foras ¹. ¿Quien hay que compre una heredad, y después la deje sin cultivo? ¿ó que siembre, y no quiera recoger? ¿ó que edifique una casa, y no quiera habitar en ella? Mirad aquel hortelano que á fuerza de trabajo y diligencia ha conseguido que reverdezca aquel árbol ya marchito y que parecia muerto. Más cuida de él y lo regala que á todos los demás, que medran y florecen en el huerto. Visitalo á menudo, guárdalo con más esmero, riégalo con mayor liberalidad, pódalo y acúdelo con más empeño, y á cuantos vienen de fuera, como olvidado de las otras plantas, luego les muestra su arbolito y díceles con complacencia: Miren éste; ¡qué hermoso! Y ¿no ha de hacer lo mismo con vosotros Dios nuestro Señor, después que tantos trabajos, tantas invenciones, tantas industrias le habéis costado? Amará en vosotros, cuando no otra cosa, dejádmelo decir, sus propias fatigas y sudores; y, como trae á este propósito Tertuliano, sentirá más cariño hacia el que ganó con mayores diligencias: *Charivorem sentiet quem lucrificet* ².

Ánimo, pues, hermanos míos muy amados; gran pecho y resolución, que yo mismo quiero salir por vuestro fiador en el acatamiento de la divina bondad: *Ego plane sum divinae misericordiae sponsor*, diréos hoy con el glorioso Nacianceno ³. Si vosotros tenéis empacho de postraros con la Magdalena á los pies de Jesucristo, y bañarlos con vuestras lágrimas, y estampar en ellos vuestros besos, lo haré yo mismo en vuestro nombre, y le diré: Señor amorosísimo, sé que muchos cristianos abusan de vuestras misericordias y todavía Vos los sufrís con infinita paciencia y longanimitad. No quiere ser contado en ese número este mi auditorio; antes os suplica que, ya que sufrís tan pacientemente á los que abusan de vuestras misericordias para ofenderos, no desechéis á los que recurren á vuestra misericordia para convertirse de todo corazón. Y si por ventura os parece, Señor, que es presuntuosa mi demanda, castigadme sólo á mí, puesto que he sido tan osado esta mañana que, sin decirles palabra de reprensión ó queja de sus culpas, no hice más que darles ánimo y esforzar su atrevimiento. Pero ¿qué otra

β) inducción a
pari por semejanza.

γ) hipotiposis:

δ) parábola del hortelano y el arbolito.

ε) aplicación.

ζ) Fervencia de confianza;

η) introducción.

θ) Deprecación de misericordia,

ι) realzada por sublime licencia.

κ) parte. La ternidad del hombre.

¹ Joan., vi, 17.—² Tert. de Penit.—³ De plag. grand.

cosa podía yo hacer? ¡Oh clemencia admirable! ¡oh estupenda dignación! Ved, Señor, cuán poco temo vuestros enojos, pues con toda mi voz, y en presencia de todo este pueblo que me escucha, confieso y declaro que yo también más de una vez me alcé temerario contra Vos, que os irrité, que os ultrajé, que hollé vuestro honor y escupí vuestro nombre sacrosanto: *Peccavi, impie egi, inique gessi in omnibus justitiis tuis* ¹; y, eso no obstante, no solamente me sufristeis con extremada piedad, pero me disteis gracia para llorar mis pecados, me recibisteis entre vuestros siervos, me contasteis entre vuestros sacerdotes, me escogisteis entre vuestros predicadores; y si en este glorioso estado os correspondo ¡ay de mí! tan indignamente, culpa es de mi extraña malicia, no mengua de vuestra infinita benignidad. ¿Y queréis que no anime yo á todo el mundo á que se arroje en vuestros brazos? Quitadme, Señor, este ministerio, si no queréis que predique á boca llena la muchedumbre de vuestras misericordias. Ahora, pues, en vuestro nombre, no solamente quiero prometer el completo perdón de sus culpas al que lo demandare, pero me adelanto, ultra de esto, á prometer que le trataréis Vos con la amistad y largueza que desee. Me adelanto á prometerle que le asistiréis en sus tentaciones, y que le consolaréis en todos sus trabajos; me adelanto á prometerle que le defenderéis en sus peligros y le esforzaréis en sus temores; me adelanto, en fin, á prometerle que no menos alientos les daréis después para perseverar que le infundís ahora para levantarse.— Todo esto os prometo, amadísimos hermanos, y torno á asegurároslo en nombre y bajo la palabra del Apóstol, que dice: *Qui coepit in vobis opus bonum, ipse perficiet* ². El que comenzó la obra de vuestra santificación, el mismo la perfeccionará y dará cumplimiento. Y vosotros, afianzados en esta promesa, determinad, os ruego, las obras magnánimas y valientes ejercicios de virtud que pensáis hacer por amor de Jesucristo crucificado, el cual desde ese leño os está provocando con sus padecimientos á padecer, con sus congojas y agonías á agonizar por vuestra alma, hasta dar la vida por él.

¹ Baruch., II, 12.—² Philip., I, 6.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y DOS

Todo es aquí templado, expansivo, consolador, al revés de otros discursos vehementes y arrebatados, en que el orador se propone abatir al soberbio ó enfiar las pasiones desbocadas. Esta **variedad de tonos**, tan necesaria en la elocuencia, exige en el que habla gran señorío de sí mismo. Porque el triste siempre trataría de cosas tristes, el alegre y regocijado de cosas regocijadas, el riguroso y severo de máximas severas, el corazón humilde siempre de la humildad, el despreciador del mundo siempre de la vanidad de sus pompas y placeres, por la fuerza con que el afecto interior arrastra en pos de sí á todas las facultades. Pues ¿qué dominio será menester para acomodarse á la necesidad del auditorio, y decir á la alegría «ven», y que venga, y á la cólera «retírate», y que se retire, y así de las demás pasiones? Esto se requiere para ser perfecto orador, porque el tal debe moldearse según la disposición de los que escuchan; y si es orador sagrado ha de imitar la naturaleza de la gracia, á quien llama San Pedro *multiforme* ¹, por las infinitas formas que, siendo ella una, va tomando en cada hombre. En San Ignacio es, por decirlo así, guerrera y batalladora, por haber él sido guerrero y buen soldado; en Santa Teresa es abrasada y tierna, por ser ella de condición blanda y amorosa; en San Antonio es solitaria, en San Francisco de Sales comunicativa, en San Luis severa, en San Estanislao seráfica; en los niños es niña, en los jóvenes ardiente, en los ancianos anciana y llena de madurez y consejo; y tantas formas reviste, como almas y condiciones han existido en la tierra. Tal debe ser la elocuencia, en cuanto fuere posible, pues su oficio es **coadyuvar á la gracia**, de la cual ha de considerarse como lengua, intérprete y aposentadora de los espíritus.

La **regla práctica** para discernir qué pasión ó afecto hemos de llamar en nuestra ayuda ha de ser la **necesidad** de

¹ Sicut dispensatores multiformis gratiae Dei. 1 Petr., IV, 10.

a.ª parte. La mansedumbre de Dios,

por incremento.

Consecuencia eficaz.

Confirmación por magníficas promesas.

enumeración y repetición enfática

ilustrada por autoridades;

propósitos

y ejemplo.

los oyentes, la cual se saca del estado en que sus ánimos se encuentran. Hay, por consiguiente, que penetrar en ellos y registrar todos sus senos y escondrijos, y oír sus ayes, y palpar sus llagas, y asistir á sus tremendas agonías. Este estudio es más indispensable que el de los libros. Mas ¿cómo estudiará el corazón ajeno quien no conoce el suyo propio, ó lo tiene duro y como de piedra? Este tal, que se retire del púlpito y de la tribuna. *Arti huic, dice nuestro español Luis Vives, ejusque officio, nihil est adeo inimicum, ut stultitia cordis, et ruditas vitæ; tametsi ignoratio corrigi potest industria, experimentis, arte: stultitia si naturalis sit, tam ei proderunt hæc præceptiones, quam surdo musica*¹. Conviene á saber, que no hay cosa más contraria á la elocuencia como la dureza de corazón y la poca experiencia de las cosas del mundo; aunque ésta, añade, bien puede corregirse con la habilidad, con la práctica, con el arte; mas á la estúpidez del corazón, cuando es natural, dice Luis Vives, está en los que ciñeron el arte de bien decir á la Elocución, que trata de los tropos, figuras y períodos, lo cual no tanto constituye el cuerpo de la elocuencia, como su ropaje y atavío. ¿Qué diría, pues, el autor de *causis corruptarum artium*, si leyese los manualillos de Retórica que hoy se estilan, puestos en manos de niños de 12 ó 13 años, y viese cómo en ocho meses de dos horas diarias á lo sumo, sin fatiga, ni del maestro ni del discípulo, formamos una generación de retóricos? Los fundamentos de la elocuencia española estaban en la filosofía y teología escolásticas, donde se robustecían los ingenios, y en el estudio de los clásicos, así de Roma como de Grecia, con que el buen gusto se acendrabá; disipados los fundamentos, ha venido á tierra el edificio.

De aquí saca el insigne escritor valenciano que la elocuencia no debe enseñarse en la edad adolescente, ni menos en la niñez. «¿Con qué juicio, exclama, depútase para aprender esta disciplina, compendio y fruto de tantas disciplinas, el curso después de la gramática? ¿Cómo se pone en manos de adolescentes, y lo que es más vergonzoso, de niños, un arte cuyo ejercicio demanda la posesión de grandes conocimientos y mucha experiencia de la vida, sin la cual no se concibe la elocuencia? ¿De dónde sacará argumentos para hablar de tantas y tan importantes materias el que no sabe filosofía, el que desconoce las memorias de la antigüedad y las necesidades de la vida social? Pero demos que sabe todo esto, ¿cómo buscará y aquilatará las razones sin la ciencia de los verosímiles y de los probables? ¿cómo las trabará con formas de rigurosa argumentación, de modo que no se falseen, con menoscabo de la verdad? Pues el arte de arrebatar los ánimos ó de refrenar sus impetus, cómo se **conmueven** estando sosegados, y cómo se **sosiegan** cuando están conmovidos, que es la piedra de toque del gran orador y su officio principal, claro está que requiere los tratados de *Anima*. Y lo que llaman *decorum*, que es el todo en la elocuencia, ¿dónde se adquiere sino en el trato común y manejo de los negocios, observando las cosas y las personas con gran prudencia, juicio y penetración? Sobre estos fundamentos hay que asentar la retórica, si

¹ De Ratione dicendi. Præf. ad Dom. Franc. Bovadillam.

queremos que sea de algún provecho, no sobre la inexperiencia de la juventud ó de la niñez, en que se ignoran todas las ciencias, las costumbres, las leyes, las pasiones del ánimo, las necesidades de la vida civil y humana».

Lo mismo sentía el otro español Arias Montano, quien compuso los cuatro libros de Retórica en verso, no para muchachos, sino para doctores sapientísimos como Gaspar Vélez de Alcocer, Cipriano Verges, monje y gran teólogo; Luis Cadena, canceller de la Universidad de Alcalá; Ambrosio Moro, retórico cordobés, y Pedro Serrano, doctor en sacra teología. Lo mismo dijo, antes que ellos, nuestro Fabio Quintiliano¹, y antes que el Aristóteles, gran conocedor de todas las ciencias y de los métodos de enseñarlas, quien en sus libros de Retórica remite muchas veces al lector á los tratados filosóficos, mas en éstos nunca remite á los retóricos, dando á entender que la filosofía se supone á la elocuencia. «La raíz de este engaño, dice Luis Vives, está en los que ciñeron el arte de bien decir á la Elocución, que trata de los tropos, figuras y períodos, lo cual no tanto constituye el cuerpo de la elocuencia, como su ropaje y atavío. ¿Qué diría, pues, el autor de *causis corruptarum artium*, si leyese los manualillos de Retórica que hoy se estilan, puestos en manos de niños de 12 ó 13 años, y viese cómo en ocho meses de dos horas diarias á lo sumo, sin fatiga, ni del maestro ni del discípulo, formamos una generación de retóricos? Los fundamentos de la elocuencia española estaban en la filosofía y teología escolásticas, donde se robustecían los ingenios, y en el estudio de los clásicos, así de Roma como de Grecia, con que el buen gusto se acendrabá; disipados los fundamentos, ha venido á tierra el edificio.

Dos extremos evitó la buena escuela en lo que concierne al mejor tiempo de estudiar la Retórica: el uno, de los que pretenden se haga todo en la primera edad y antes de la filosofía, y esto es un absurdo; el otro, de los que reservan toda su enseñanza para el final de la carrera escolar, y esto es dejar manca la elocuencia, la cual, á semejanza de un árbol, tiene sus flores y sus frutos, su principio, su crecimiento y su perfección. El tiempo de las flores es la primavera de la vida, cuando la fantasía brota imágenes y el corazón tiernos afectos, que hay que cebar en aquella parte más amena de la Retórica, que casi toda versa sobre la Elocución y la Pronunciación. Pero lo macizo y provechoso de

¹ Multo labore, assiduo studio, varia exercitatione, plurimis experimentis, altissima prudentia, præsentissimo consilio constat ars dicendi, etc. Vide Inst. Orat. lib. II, cap. 13.

ella, que es la que trata de la Invención y Disposición, de los argumentos y de las pasiones, sin lo cual degenera este arte en una puerilidad, tal vez dañosa á la misma educación literaria, pide madurez y larga experiencia, pide profundos estudios y un conocimiento no vulgar de los grandes modelos. Así lo practicó nuestro SÉNTERI, quien, rematada la carrera, dióse de lleno al Crisóstomo y á Cicerón, y, embebido en sus bellezas, pudo trazar estas oraciones que hoy nos sirven de dechados. De la presente sobre el **Poder de la gracia**, poco diremos, por ser su artificio muy semejante al de la anterior.

Como ella, tiene **cuatro miembros**: exordio, confirmación, refutación y peroración, que comienza hacia el fin de la primera parte y se continúa hasta la terminación de la segunda. En el exordio, primeramente se propone **deleitar**; en la confirmación, **enseñar** y convencer; en la refutación, **quitar los estorbos**; y en la peroración, **impeler** y arrebatar, lo cual hace tan victoriosamente, que es imposible resistir. Así, los tres fines del orador, que son *delectare, docere, commovere*, tiene cada uno su lugar apropiado, si bien todos se hermanan y hábilmente se compenetrán.

Cómo deleita en el exordio. Con la **variedad** de personas que hace pasar ante los ojos de los oyentes; la Magdalena, el Fariseo, Cristo nuestro bien; con la **novedad** de la interpretación, hablando de la conducta probable del Fariseo; con la **antítesis** (figura de mucho deleite) entre esta conducta y la del Salvador; con la **buena opinión** que muestra tener de su auditorio; y, finalmente, con la **proposición** que asienta, tan natural y acomodada á su intento.

¿Cuál es éste? Que dejen de ofender á Dios; que huyan pronto de las ocasiones de pecar; en una palabra, que no sigan en estado de condenación; y, para alcanzarle, prueba que pueden, si quieren, llegar presto á la cumbre de la perfección más elevada. Así, unas veces propone poco, y concluye mucho; y otras propone mucho, para concluir siquiera y recabar una parte muy pequeña. En todo resplandece el **arte**, envuelto en una estupenda **naturalidad**. Cuanto al **deleite oratorio**, que consiste en tener suspensos á los que oyen, en ganar su benevolencia, en no permitir que se distraigan un punto, «no sé, dice Luis Vives, por qué razón á esto se le llama deleitar: *Hoc vero cur delectare nominetur, quidem rationem non video. Est enim delectatio jucundus motus in sensu sive externo, sive interno: oratio haec alias moestos dimittit auditores, alias lacrymantes, alias pavidos... itaque magis de detinendo nominetur, quam delectando*»¹. Muy bien: el

¹ De ratione dicendi, lib. II, cap. 15, que intitula *De tenendo auditore*.

orador no es ningún cómico, ni la elocuencia es poesía ó escultura; su fin no es el **deleite** ni la pura **contemplación** de la belleza; es eminentemente **práctico**. A lo que Cicerón llama *delectare*, podríamos decir nosotros *suspender* ó *interesarse*, lo cual se obtiene, ó por razón de las **cosas** que se tratan ó por el **modo** de tratarlas; en uno y otro se señala nuestro orador.

Cómo enseña en la confirmación. Con estos dos silogismos:

1.º *Lo que es imposible por la naturaleza, es fácil por la gracia:*

Es así que el negocio de vuestra perfección estriba en la gracia, no en la naturaleza;

Luego no es imposible que lleguéis á la más alta perfección. (§ II.)

2.º *Lo que nos es natural, es fácil y gustoso:*

Es así que las obras más arduas de virtud os serán como naturales, y más que naturales, porque las fuerzas de la gracia son sin comparación mayores que las fuerzas de la naturaleza;

Luego el ejercicio de la virtud más encumbrada os será sumamente fácil. Luego el ser vosotros, de grandes pecadores grandes santos, es negocio posible, y, sobre posible, muy hacedero y lleno de deleites. (§ III.)

Mas ¿cómo hacer comprender estas teologías al pueblo rudo y á pecadores, y esto de forma que se convenza de ello? Porque uno es el enseñar del **maestro** y otro el enseñar del **orador**. Aquél enseña declarando sus propios conceptos y traspasándolos á la mente de los que le oyen, para lo cual no es menester arte de elocuencia, sino talento de discurrir y claridad en expresarse. Este ha de enseñar con todo ese talento y claridad, pero de suerte que no sólo entiendan lo que quiere decir, sino que lo abracen y tengan por bueno y lo más acertado, triunfo que se llama en Retórica **persuadir**. *Persuadere*, dice Luis Vives, *est efficere ut credat quis id quod volumus*; de donde concluye que el fin de la elocuencia es la **fe práctica** (persuasión), y el instrumento de ella la **palabra**. *Actionis finis, est fides; instrumentum in proposito, oratio*¹. He aquí por qué Aristóteles define la Retórica: «La facultad de ver en cada cosa particular las razones que persuaden»². ¿Y cómo persuade SÉNTERI? Evitando las abstracciones, de que es incapaz el vulgo (y vulgarlo llamo á todos los auditorios en general), y **singularizando**, por decirlo así, las cosas, las personas, los mismos ar-

¹ De ratione dicendi, lib. II, cap. 13.

² Rhet. Lib. I, cap. 2. Έρω οὐκ εὐρηστικῆ δύναμις ποτὲ ἐλαττωσὶ τοῦ θεωρητικῆ τῶ ἐνδεχομένου πηλοῦ.

gumentos. No dice, por ejemplo: «Todo hombre, por muy pecador que sea, puede con la gracia llegar á hacerse un gran santo»; sino: «Vosotros, si, vosotros mismos que estáis aquí presentes... vosotros, digo, manchados aún tal vez con sangre ajena, ó combatidos de la ambición, ó encenagados en torpezas...» No se mete en honduras teológicas sobre la eficacia de la gracia, sino que la sensibiliza desde luego en una María Egipcíaca, en un San Pedro, ó en Abrahán, ó por medio de comparaciones y semejanzas. Y nótese, de paso, cómo encarece, al principiar, los grandes pecados de los que escuchan, afirmando que pueden subir á eminente santidad, á fin de que el oyente, que dice para sí: «Yo no soy ningún ladrón ni hombre de mal vivir», quede cogido en sus mismas redes, pues con tener menor dificultad se anima menos.

Cómo quita los estorbos en la refutación.—Ya veo, dicen en su corazón los oyentes, las fuerzas de la gracia, y que la tuvieron una Tais, una Magdalena; mas ¿quién me asegura que Dios me la otorgará á mí? Es la parte más regalada del discurso, y puede considerarse también como segundo miembro de la confirmación. ¡Cuánto se aviva el interés con esta especie de lucha entre el orador y los que oyen! ¡Y qué bien allana el camino para mostrar los tesoros de la misericordia divina y con esto alentar al pobre pecador! Versa la cuestión sobre un futuro contingente, *an sit*, ó, mejor dicho, *an futurum sit*, y responde con resolución que sí. «No ha derramado, por ventura, dice, toda su sangre tan copiosa y abundantemente por vosotros, como por cualquiera de sus grandes amigos? ¿No le costasteis tanto como le costó una Pelagia, una Tais, un Guillermo, un Agustino?...» ¡Pero si le ofendí tan gravemente!—No importa: Dios sabe perdonar como Dios; y aquí pondera con tal encarecimiento la bondad divina con los pecadores, que, por ser participante de sus privilegios, casi desea uno haber sido gran pecador: *O felix culpa!* Estúdiense los párrafos IV, V, VI, VII y VIII, y véase en la **forma una variedad** que encanta, y en el **fondo una progresión** continua que dilata cada vez más el corazón. Desde que prueba que Dios perdona las culpas, tan perdonadas que no conserva de ellas ni resentimiento en el pecho, ni recuerdo en la memoria, hasta demostrar que más privilegiados y favorecidos fueron de Dios los pecadores que los inocentes, nunca pára ni mengua este río de elocuencia, antes va siempre acrecentándose con nuevas avenidas de argumentos, símiles, autoridades, ejemplos y comparaciones, arrastrando en pos de sí los peñascos más duros y los corazones más rebeldes.

Cómo mueve en la peroración. Su intento en ella es re-

ducir á la **práctica** los buenos deseos concebidos en la confirmación. Para conseguirlo, arranca primero toda raíz de **presunción** oculta, alienta después la **confianza**, y deshace, finalmente, toda sombra de **temor**. La postrera deprecación es de un efecto maravilloso puesto en boca de un varón tan puro é inocente como SÉNERI.

Cotéjese la traza de este discurso con el cap. XXVIII, libro primero, de la Exhortación de la virtud, por el venerable M. Fr. Luis de Granada, en donde por ventura se inspiró nuestro autor, y se verá cómo saben imitar los grandes ingenios. Se diferencian entre sí por el **fin** que se proponen. El uno sólo intenta probar que no es tan áspero el camino de la virtud; que se hace fácil con la gracia que se nos da por Cristo y con la suavidad del divino amor; que si han sido grandes los pecados, mayor es la misericordia de Dios, etc. Más osado SÉNERI, y aquí más orador, avanza á querer probar que, no sólo podrán salvarse comoquiera, sino ser grandes santos, con tal que comiencen desde luego y no desfallezcan. Pues en las pruebas y argumentos, ¡cuánto se distinguen los dos oradores! En la **invención** sobresale Granada, SÉNERI en la **disposición**: la elocuencia del primero es más grave, la del segundo más nerviosa. Esto deseaba Luis Vives de los que imitan. *Quae initio est imitatio, paulatim eo debet progredi ubi jam incipiat esse certamen, non solum aequandí, sed etiam, si qua detur, vincendí.* Lo que empezó por imitación, debe llegar á una noble contienda para igualar, y, si es posible, vencer y aventajar el modelo. Así, dice, imitó Cicerón á Craso y á Antonio; así, Platón á Cratilo y á Arquitas; así, Aristóteles á Platón; así, Virgilio á Ennio, á Lucrecio y á Hesíodo. Y se ríe con donaire del

*Servum pecus imitatores*¹

de Horacio, y los compara con los zapateros remendones, que no saben dar puntada sin la horma; ó con el pintor que va cogiendo flores de aquí y de allí y las pega en el lienzo y, para pintar á un hombre, pega una nariz ó un pedazo de toga. Esto es plagio, es pecado de hurto, no imitación: *ut fures furari dicunt amovere, tollere, convassare*².

¹ Horat., Epist., lib. 1, epist. XIX, vers. 19.

² De causis corrupt. art., lib. IV, cap. 4.